



# Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

ELISEO SAN JUAN



Estudioso inteligente,  
trabajador y modesto,  
ganó en el teatro un puesto,  
y le ocupa dignamente,

## SUMARIO

TEXTOS: De todo un poco, por Luis Taboada.—En la octava, por Eduardo Bastillo.—La cigarrera, por Juan Pérez Zúñiga.—¿Qué más quieres?, por José Jackson Vezan.—El pecado, por Rafael Torromé.—Parece que fue ayer, por Eduardo de Palacio.—Apuntes, por Sinesio Delgado.—La agudora, por Antonio Montalbán.—Ansias, por F. Gascón Cabells.—Cantares, por Enrique Paradas.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRANADOS: Eliseo San Juan.—Costumbres del teatro.—Anuncios, por Cilla.



La mayor parte de los forasteros que habían venido á Madrid á disfrutar de las fiestas de nuestro santo patrón, han regresado á sus hogares molidos y exhaustos.

Pero se proponen volver con motivo de las fiestas del Centenario de Colón, que van á ser deliciosas, según dicen por ahí. Por de pronto, habrá iluminaciones, fuegos artificiales, cuecañas, toros y música del Hospicio á todo pasto.

El Sr. Volquete ha tenido en su casa un joven forastero, de Navlagamella, á quien ha obsequiado todo lo posible, porque es hijo de un compañero suyo de la infancia que está en muy buena posición y por Navidad le remite siempre, ora la longaniza, ora el queso, ya la rosquilla de canela, ya el lomo adobado.

Volquete, al saber que había llegado el chico, fué á arrancarle de la fonda y se lo llevó á su casa diciéndole:

—¿Pues no faltaría más! ¿Había de consentir que te fueras á la fonda estando yo aquí?

—No quiero abusar.

—Tú no abusas; tú te vienes conmigo. ¡Pocos deseos que tienen las chicas de conocerte!

Las chicas de Volquete recibieron al joven con cierto rubor mezclado de complacencia, y ya no pensaron más que en seducirle con su dulce trato y sus dotes artísticas.

Charito, la mayor, toca el piano como un Trágico ó como una Trágona—que dice la madre—y Momita, la más pequeña, se dedica al canto, con muchísimo éxito, pues coge la *Stela confidente*, verbigracia, y la hace cisco.

—Caralampio—dijo al joven forastero la señora de la casa,—vas á permitirme que te tutee.

—Haga usted lo que guste—contestó él.

—Bueno, pues mira, en nosotras no has de ver más que muchísima franqueza. Dale un duro á mi esposo, para que juguemos juntos á la lotería.

—Ahí va.

Y soltó el duro.

Como la casa es pequeña y no hay más que tres camas, Volquete empezó por decir á Caralampio:

—No te invito á dormir conmigo, porque no tienes confianza bastante y estarías incómodo; pero puedes dormir con mi niño, que es muy cariñoso. Te pedirá agua durante la noche, y algo más que suele ocurrírsele; tú se lo das todo, y aunque llore no te alarmes.

Caralampio tuvo que acostarse con el chico, y éste no cesó de moverse en toda la noche. Primero le pidió agua, después otra cosa que no puede decirse, después una pandereta que tenía él para distraerse y después se montó encima de Caralampio, diciendo:

—¡Arre, burro!

De manera que el infeliz forastero no pudo pegar ojo, y al día siguiente entró el amo de la casa en la habitación gritando:

—¡Eh, arríbal! Vamos á ir á San Isidro con las chicas, para que veas la romería.

Caralampio se vistió deprisa y corriendo y después vistió al chico, porque Volquete, con la franqueza natural, fué á decirle:

—Anda, vístete á Arábur, porque su madre no puede en este momento. No dirás que te tratamos con ceremonias... Cuando le hayas vestido, ven á mi alcoba para que me tiñas el pelo por detrás. Á mí me lo tiñen siempre las niñas, pero ahora están ocupadas. Si tu padre viese la franqueza con que te trato, se alegraría muchísimo, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

En aquel momento se presentaron las niñas, con unos trajecitos transparentes que parecían hechos con telas de araña, y unos sombreros blancos en forma de esportilla, llenos de flores campesinas de trapo fino.

—Míralas—dijo Volquete á Caralampio.—Yo no sé si me ciega la pasión de padre, pero son dos capullos. ¡Y cómo toca ésta! ¡Pues y esta otra! Ya verás qué voz y qué estilo.

Ellas bajaron los ojos ruborizadas; después les clavaron en el joven, como diciéndole:

—¿Por qué no habíamos de unir nuestras existencias en dulce coyunda?

Pero Caralampio estaba muy entretenido, tiñéndole el pelo á Volquete.

—Moja bien el cepillo y frota hasta que te caigas,—decía éste.—Procura que no quede un solo pelo sin tintura... Así... no seas bruto, hombre, que me has dado con el cepillo en ese hueso de atrás.

—¿Estamos listos?—entró diciendo la señora de la casa.

—Sí—contestaron las niñas.

—Pues andando.

Por de pronto, Caralampio pagó los seis asientos del ómnibus, porque le parecía natural obsequiar á sus huéspedes, y después... después pagó las rosquillas y los pitos y las figuritas de barro y una alcarraza y dos botijos, uno para cada niña, y un salterio para el muchacho, y por fin se le acercó Volquete diciendo:

—¿Tienes ahí un duro?

—Sí, señor.

—Pues dámelo.

Cuando llegó á Madrid el pobre joven tenía la cabeza hecha una olla de grillos y había gastado cinco ó seis duros en baratijas. Además, el hambre comenzaba á corroerle el estómago, y sólo consiguió aplacarla á medias, pues con la ida á San Isidro nadie se había ocupado en disponer el almuerzo, y tuvo que comer un huevo frito con seis ruedecitas de patata y dos dátiles y una rosquilla tonta que le regaló Charito, diciéndole:

—Tome usted. Para que vea que me es muy simpático.

Momita no quiso ser menos y le entregó una de las rosas del pito, acompañada de estas palabras:

—Para que la conserve usted como un recuerdo.

—Y ahora un poquito de música para que os oiga Caralampio—gritó Volquete.

—Toca *Las lágrimas de un carabínero*—dijo la señora.—Verás qué pieza tan preciosa, Caralampio.

Al pobre chico se le cerraban los ojos, tal era su fatiga y su aburrimiento, pero había que hacer el honor á aquellas dos criaturas musicales y tuvo que soportar una romanza de Momita, cantada con la nariz, porque el pecho y la cabeza permanecían ajenos á toda manifestación melódica.

Caralampio no pudo sufrir más, y adoptó una resolución herética: la de decir que se volvía á su pueblo aquella misma noche.

—¿Cómo! ¿Te marchas tan pronto?—le preguntó Volquete.

—Sí, señor; ahora me acuerdo que he dejado al gato dentro de la mesa de noche, y voy allá corriendo—contestó Caralampio, sin saber lo que se decía.

Y tomó la puerta para volverse á la fonda.

Lo único que lo preocupa es tropezar en la calle con la familia Volquete; pero está dispuesto á todo, hasta estrangularla si fuera necesario, con tal de no volver á aquella casa, donde obsequiaban de un modo tan original á los jóvenes forasteros.

LUIS TABOADA.

## EN LA OCTAVA

«San Isidro del alma,  
Patrón bendito  
de la famosa Villa  
donde he nacido»

Te resó adolescente,  
viejo te canta  
quien ve que todo santo  
tiene su octava;

yá si los farasteros  
te la hacen doble,  
por el gancho que tiene  
la Villa y Corte,  
más que por ir, piadosos,  
con santos rezos  
donde buscan sus cuartos  
los areneros.  
Si en tu esposa, María  
de la Cabeza,  
hallaste digna y santa  
la compañera,  
hay otros labradores  
que no son santos  
que vienen de otros pueblos  
á tu reclamo,  
y traen en sus mujeres  
otras Marías,  
también de la cabeza,  
pero perdida,  
que, tomando tu gloria  
como pretexto,  
agrá con toda el alma  
dan gusto al cuerpo.  
Aquí tus compañeros  
de la labranza  
se entregan á los gocees  
que allá se tasán.

Dan fin á sus ahorros  
en quince días,  
y de cumplido te hacen  
una visita:  
y el resto en los teatros,  
en los toritos,  
en bazares que dejan  
seco el bolsillo,  
y hay quien del oro viejo  
larga un derroche  
á cambio de cartuchos  
de perdigones.  
Que también á tu sombra  
prospera el timo,  
y hay de Villamelones  
algún vecino  
que llegó hasta tu fuente  
tan gordo y sano,  
bebí en ella y lavóse  
cogote y manos,  
y después de diez días  
de vida alegre,  
volvió al pueblo con unas...  
*intermitentes.*  
Para eso, Santo Isidro,  
tienes tu octava;  
por eso es tan carita,  
por ser tan larga.

EDUARDO RUSTILLO.

LA CIGARRERA

Llegó el día de los días  
de mi amigo Pepe Sierra  
y dije yo: —¿Qué demonios  
regalaré á mi colega?  
¿Una joya? Es cosa cara.  
¿Un bastón? Tiene cuarenta.  
¿Una pipa? No, que tiene  
lo menos una docena.  
En fin, después de ver todos  
los bazares y las tiendas  
de Madrid, compré á mi amigo  
una linda cigarrera  
de níquel para catorce  
cigarros puros, bien hecha  
y con un par de tocatas  
de música de zarzuelas.  
De entregar el regalito  
le encargué á un mozo de cuerda,  
que, en vez de dárselo á Pepe,  
se lo vendió á una prendera,  
y yo quedé tan tranquilo,  
sin la más leve sospecha  
de que el canalla del mozo  
me hiciese tal jugarreta.  
Trascurridos unos días,  
encontré á Pepe en la Puerta  
del Sol y le dije: —Chico,  
¿te gustó la cigarrera?  
—Sí tal... Pero ¿fuiste tú  
quien la mandó?  
—Una tarjeta  
mía llevaba.  
—Pues, hijo,  
se le ha perdido.  
—¿Esa es buena?  
—Pero te ha gustado?  
—Mucho.  
—¿La has puesto sobre tu mesa?  
—¿Qué dices? ¡Si tiene un peso  
de cinco arrobas y media!  
—Hombre, yo no la he cogido,  
pero creo que exageras.  
—¿Y te gustan los cigarros?  
—Sí, resultan de primera.

¿Dónde has ido á buscar eso?  
—Al Peñón? ¿A las Américas?  
—¡Hombre, no! ¡Si no está usada!  
—¿No la rebajas!  
—Dispensa.  
Lo cierto es que es muy bonita,  
que es lo que más interesa.  
—Pues el precio no es gran cosa.  
—Ya lo sé.  
—¿Por quién?  
—Por ella.  
—¿Caramba! Pues yo creí  
que iría sin etiqueta.  
—Y así fué. Llegó á mi cuarto  
medianamente compuesta  
y oliendo mucho á tabaco  
y en un pañolón envuelta.  
—¿Compuesta?... ¿Con pañolón?...  
—Cosas del mozo! ¿Qué bestia!  
Notarás que está premiosa,  
pero eso es porque ahora es nueva.  
Ya verás, andando el tiempo,  
lo bien que se abre y se cierra.  
Y á tu mujer ¿le ha gustado?  
—Ni pizca. ¡Bonita es ella!  
No sabes lo que le carga  
ver en casa cigarreras.  
—Pues si lo sé, no la mando.  
¿Pero sabe tu parienta  
qué tiene música y todo?  
—No.  
—Pues quizá cuando sepa  
lo bien que toca, le guste.  
—Pero ¿qué toca?  
—Dos piezas.  
—¿Y qué hay que hacer para oirla?  
—Pues no hay más que darle cuerda.  
—Pero hombre, ¿has perdido el juicio?  
—Hazlo y verás cómo suena.  
—¿Pero de qué estás hablando?  
—De qué? De tu cigarrera.  
—¿De Juliana la Pecosá?  
—¿Qué Pecosá ni qué berzas!

JUAN PÉREZ ZÚRIGA.

¿QUÉ MÁS QUIERES?...

(Á MI MADRE, EN SU SANTO)

Tienes la casa que era tu encanto,  
con mucho cielo, con muchas flores.  
¡El rinconcito que ansiabas tanto!  
¿Pues qué más quieres, mamá Dolores?  
Siete chiquillos, siempre risueños,  
tu nombre agotan con sus clamores:  
tres mayorcitos, cuatro pequeñitos,  
gritando á coro: «¡Mamá Dolores!»  
Todos te miman, nadie te vende.

y si la noche te da temores,  
tienes á Curro que te defiende  
con sus latridos, mamá Dolores.  
El jardincito tienes debajo,  
y á la azotea, nido de amores,  
sabe la párra, con gran trabajo,  
á solfarte, mamá Dolores.  
Vuelan en torno de la ventana  
los pajarillos madrugadores  
y te despiertan por la mañana  
con sus gorjeos, mamá Dolores.  
Si no te basta la paz querida,  
si no te alegran aves y flores,  
tienes mi alma, tienes mi vida...  
¿Pues qué más quieres, mamá Dolores?

JOSÉ JACKSON VEYAN.

EL PECADO

No es digno del Hacedor  
Supremo cuanto ha creado,  
dejando aparte el pecado,  
que hace honores á su autor.  
Que es el pecado contento  
que nos transporta y fascina:  
enlaza á su luz divina  
sombas de remordimiento:  
así el infierno y la gloria  
van en su seno fundidos,  
y si encanta los sentidos,  
turba luego la memoria.  
Por su dulce condición

nuestro cuerpo le desea,  
y el vedarle hace que sea  
más grata su posesión.  
Que va el hombre codicioso  
tras el bien apetecido  
y, cuanto más prohibido,  
le parece más hermoso.  
¡Oh mujer honesta y cara  
que el corazón me has robado,  
si con mirarte pecara,  
yo, que te miro extasiado,  
¿de qué modo te mirara!

RAFAEL TORROMÉ.

PARECE QUE FUÉ AYER

Y, sin embargo, fué anteayer, que decía un profesor de historia de España infantil:  
—Si, hijos míos, parece que fué ayer cuando Dios hizo el mundo, y fué anteayer: así como más allá del mañana siempre habrá otras épocas; el pasado mañana, y el *tendemain* según los franceses, que tiene dos significados: «más allá de pasado mañana» y «adelante». Así cantan en *La Marsellesa*: «*Au lendemain de la Patrie...*»  
Pues sí, fué anteayer; han transcurrido algunos años y, sin embargo, no se borra su recuerdo ni su inteligente fisonomía de la memoria de los amigos.  
Porque contaba ó podía contar con muchos, y algunos muy buenos.  
Me refiero á *Paco*, al portentoso perro, que lo mismo seguía una conversación «mimo-plástica» que á un caballero de su estimación.  
Aquel portentoso de instinto, rayano en inteligencia, no podía sobrevivir á tanta gloria.  
Demostró hasta en su muerte que «no era pasada», como dicen las gentes de *ayá abajo*; esto es, que fué oportuno hasta en su muerte.  
Murió antes de que llegara el período de la decadencia y la vejez, para no sufrir el más cruel de los martirios para una mujer que ha sido hermosa, para un caballero que ha sido genio ó *quajo* ó bonito y para un perro que ha sido miembro de buena familia.  
No llegó á conocer las defecaciones ni las ingratitudes de perros y hombres con el que na la vale y de quien nada temen.  
Y murió asesinado vilmente, como César por Bruto, por otro, no romano.  
Como han muerto tantos seres ilustres en la historia.  
Los amigos no podemos olvidar á *Paco*.  
¡Ah! Si él no hubiera nacido negro ni tan desgraciado de facciones, ¿quién mejor para jefe de un partido político de capacidades... para líquidos y sólidos?  
¿Cuántos y cuántos hombres políticos que pasan por eminencias estarían sumidos en la oscuridad si *Paco* viviera?  
Murió tal vez prematuramente, sin cumplir la misión que trajo al mundo en su clase.  
Era un agitador de la especie, un caudillo de la emancipación.  
Tal vez el primer anarquista español.  
Aún no había gritado:  
—¡Abajo el hombre!  
Pero hubiera llegado á ello.  
Varios amigos míos, al parecer, no se verían postergados, otros amigos míos, también de imitación, no vivirían con tant desahogo como viven y escriben.  
La muerte de *Paco* dejó un vacío que no han podido llenar ni los chicos ni los viejos del Congo.  
Ni esos consecuentes pelotaris del mérito que recíprocamente se reconocen y se tocan las burhas respectivamente también.  
*Paco* valía más, mucho más que ellos.  
Sus triunfos eran por todas las personas conocidos, sin necesidad de que él los ladrase, como estos otros *Pacos* con pantalones.  
Le he visto alguna vez en casa de mi amigo el ex-presupuesto de la Plaza de Toros de Madrid, D. Rafael Menéndez de la Vega.

# COSTUMBRES DE TEATRO



Todos los personajes, lo primero que harán al entrar en escena, será dejar el sombrero sobre una silla, para demostrar que no hay perchas en el recibimiento.



Y ya se sabe cómo hay que hacer las visitas. Sentándose todos en fila enmedio de la sala.



Quando un personaje, al salir por el foro, vea que está solo en el escenario, debe esperar á que empiece la orquesta y romper á cantar diciendo: Soy esto, soy lo otro ó soy lo de más allá.



El novio preferido por la niña es de rigor que sea pobre y tímido.



Y que en cuanto oiga voces fuera se meta en un armario especial, sin tableros, que por lo visto hay en todas las casas con ese objeto exclusivamente.



La muchedumbre se asombrará toda á un tiempo y de la misma manera.



Lo primero que hará la dama, en cuanto le suceda algo, será quitarse las horquillas, que son incompatibles con el sentimiento.



La característica ha de pretender dominar al marido por todos los medios posibles. No se concibe una señora entrada en años que sea una malva.



Y no estará demás que el característico, para animar la escena, pegue golpecitos en el vientre á su interlocutor, á ver cómo suena.



Si, lo que ya va ocurriendo pocas veces, la tiple tuviese que vestirse de chulo, cuidará de no volver la espalda al público, no por la espalda precisamente...



Y si, por casualidad, trabaja el tenor cómico, no puede menos de cantar coplitas picantes á las señoras que las aprenderán inmediatamente y las repetirán, allí mismo.



Si al final de un drama resultara un cadáver, como es de temer, los testigos de la desgracia conservarán la misma posición hasta que caiga el telón, por lo menos. Y si se cansan, que se cansen.

Le conserva embalsamado por Severini.

Siempre que le he visto me ha parecido que me preguntaba por los amigos y por el estado de los fondos públicos y de la literatura.

El no llegó á conocer á una porción de lumbreras.

Dofia Emilia, por ejemplo, es posterior, por lo menos en su etapa más notable: en su segunda etapa.

Los ojos de *Paco* eran habladores.

¡Qué cosas decían á los hombres, y en particular á nuestros primeros tontos contemporáneos!

Apareció en Madrid sin historia, sin antecedentes conocidos.

Lo mismo que varios hombres eminentes en la política, en las letras, en la banca ó en el *baccarat*.

No tardó en darse á conocer.

Todo Madrid se decía al verle:

—Aquél es *Paco*.

Y se disputaban el honor de su salud y de su trato.

De sus caricias no digo, porque no era adulator como los *Pacos* que le han reemplazado.

Algunos entusiastas ofrecieron á Menéndez cantidades considerables por el cuerpo inanimado de *Paco*.

Pero Menéndez tiene gusto en conservar al que fué su ídolo y personificación del Madrid de su tiempo.

¡Pobre *Paco*!

¡Morir tan joven y sin haber llegado siquiera á subpelotari ó á tinte de alcalde!

EDUARDO DE PALACIO.

## APUNTES

(QUE PUEDEN SERVIR PARA TODO EL MUNDO.)

### I

La soy indiferente  
y ella me gusta mucho, pero tanto  
que no rompo el encanto  
que absorbe mi atención completamente.  
Procuro en vano desechar del pecho  
este inmenso cariño santo y puro,  
y cuanto más me afano y lo procuro,  
ni se apega el amor ni lo desecho.  
¡Si llegara á quererme! ¡Si pudiera  
vencer su resistencia decidida,  
yo sería feliz toda la vida!...  
¡Virgen santa, decídla que me quiera!

### II

No hay como ser constante.  
No me ha dicho «te adoro» todavía,  
pero me mira á veces insinuante...  
¡mucho más insinuante cada día!

### III

Ya lo sé, me ha jurado que me adora,  
pero lo dudo aún, porque es tan buena  
que quiere acaso mitigar mi pena  
y calmar este ardor que me devora.  
Si es ésa su intención, se ha equivocado;  
yo la persigo cada vez más loco  
y más profundamente enamorado  
y, nunca ahito del placer logrado,  
cuanto consigo me parece poco...

### IV

Tengo celos. Me abraso, me consumo.  
¡Qué tranquilo, qué bien me quedaría  
si huyera como el humo  
esta pasión brutal que me extravía!  
Siempre ansioso y febril, siempre en azecho,  
llegando en la tortura al paroxismo,  
alimento yo mismo  
el monstruo horrible que me roe el pecho.

### V

Me quiere; estoy seguro. ¡Y de qué modo!  
¡Ya voy á ser feliz! ¡Feliz del todo!

### VI

Estoy más aburrido cada día  
y pago su interés con el desapego.  
¡La quiero! Sí la quiero todavía,  
pero sin ansia, sin vigor, sin feugo.  
¡Cuánto daría yo por un instante  
de celoso furor, de estar en vilo!...  
Porque no hay quien aguante  
la sosería del amor tranquilo.

SINESIO DELGADO.

## LA AGUADORA

¡Recuerdas?... Ibas preciosa  
con tu vestidillo nuevo;  
te recogías la falda  
mostrando los pies pequeños,  
unos pies que parecían  
inmensos al caminar

del gallardo y elegante  
edificio de tu cuerpo...  
Ya hace años, y todavía  
parece que lo estoy viendo.  
Noche clara, ni una nube  
manchando el azul del cielo;

parejas mil en el Prado  
levantando polvo espeso:  
á las puertas del Retiro,  
coches, damas, caballeros...  
Nos alegraban las notas  
del paso doble ligero  
que tocaba en los Jardines  
de la banda del regimiento...  
Del brazo tú y yo, pisamos  
las losas de Recoletós.  
Á poco mostraste gana  
de refrescar en un puesto  
de esos muchos que se encuentran  
á la izquierda del paseo.  
Recordarás: una anciana,  
casi ya blanco el cabello,  
fué la que trajo á la mesa  
los dos vasos de refresco.  
Noté yo que os saludabais  
la anciana y tú con misterio;  
os dejé hablar, distraído  
con la gente del paseo.  
Imaginé que serían  
amistades de los tiempos  
en que tú eras oficial  
de la tienda de sombreros,  
y aquella historia tenía  
para mí poco de nuevo.  
Pero las frases, el tono,  
los ademanes enérgicos,  
de mi abstracción me sacaron  
y os escuché con recelo.  
La anciana solicitaba  
amparo, ayuda, dinero:  
tú contestabas esquiva,  
con soberano desprecio...  
De pronto, te levantaste,  
cayó rodando el asiento,  
tu mano que se agitaba

tocó á la anciana en el pecho;  
vaciló dos ó tres pasos,  
cayó de espaldas al suelo,  
y exclamaste sin mirarla:  
¡No puedo, madre, no puedo!...  
¡Tu madre!... Se me agolparon  
olas de sangre al cerebro.  
Te acercaste á mí, quisiste  
eogerme del brazo luego...  
Yo te repelí, nervioso  
y agarrados los dedos...  
Te hice daño, te quejaste  
con un grito lastimero...  
y me alejé; ¡me inspirabas  
profundo horror y desprecio!  
.....  
Desde aquella triste noche,  
¡cómo han cambiado los tiempos!  
Por azares de la vida  
en mi camino te encuentro.  
Tú me has servido la copa  
que sobre la mesa tengo.  
El puesto es el mismo, el cuarto  
á la izquierda del paseo;  
la mesa también la misma;  
se oye también, á lo lejos,  
el paso doble que toca  
la banda del regimiento.  
Pero ya no está la anciana  
de los canosos cabellos;  
ahora eres tú la que implora  
clemencia, ayuda, dinero...  
¡Recuerdas aquella escena?  
Yo sí, yo sí la recuerdo,  
y no me mereces lástima  
precisamente por eso.  
Recuérdala bien... y ahí tienes  
la propina, quince céntimos.  
ANTONIO MONTALBÁN.

## ANSIAS

Á MI QUERIDO AMIGO Y CORRECTO ESCRITOR RAFAEL GÓMEZ CANO

Yo siento que mi vida  
se agosta en la inacción, y tengo miedo,  
porque el tedio fatal, inevitable,  
tenaz martirio lento,  
amenaza enroscarse á mi conciencia  
como se enrosca la serpiente al cuello.  
Quiero evitar su influjo pernicioso,  
sustraerme á su acción con ansia anhelo,  
y busco fuerzas para tal combate,  
y al mirarme impotente ¡me desprecio!  
Yo discurro que el hombre viene al mundo  
para hacer algo grande y algo bueno;  
quien no empuña la esteva del arado  
para abrir anchos surcos en el suelo,  
quien no impele á la máquina potente  
desgastando energías de su cuerpo,  
por ley inevitable está obligado  
á consumir celdillas del cerebro,  
exprimiendo su libre inteligencia  
para ayudar á la obra del progreso;  
que del trabajo universal forzoso,  
todos somos obreros.

Los millones de brazos que se mueven  
con incesante y fatigoso esfuerzo,  
golpeando el martillo sobre el yunque  
y abrasando sus manos en el fuego;  
el fundir de cadenas y cañones  
para forjar con hierro  
caracteres de imprenta que difundan  
la luz del pensamiento;  
el agitar nervioso de talleres  
cuyo rumor acompasado, inmenso,  
como canto de cíclopes resuena  
ensalzando las glorias del progreso;  
toda esa vida que doquier sentimos,  
todo ese prodigioso movimiento  
que hasta pone pavora en nuestros ánimos  
haciendo trepidar el Universo,  
y hace brotar riquezas á la tierra  
y aproxima los pueblos á los pueblos,  
todo se debe por igual motivo  
al esfuerzo que nace del talento,  
como al esfuerzo material y rudo  
del resistente obrero;  
mas nada, nunca, al despreciable paria  
que reputa el trabajo como abyecto.  
Vivir no es alentar únicamente,  
no es que palpite el corazón, no es eso;

es usar de potencias y sentidos,  
es consumir celdillas del cerebro,  
tener conciencia de la vida propia  
y sufrir y gozar á un mismo tiempo.

Quiero vivir, mas la inacción me mata,  
sastraerme á su acción con ansia anhelo,  
y busco fuerzas para tal combate,  
y al mirarme impotente ¡me desprecio!

F. GASGÓN CUBELLS.

## CANTARES

Yo la he besado en su casa,  
y ayer la besé en el huerto;  
hoy tengo los labios fríos:  
¡la besé en el cementerio!

Yo sé que me has de olvidar,  
que tiene que suceder:  
me fando en que eres bonita,  
me fando en que eres mujer.

Si á tí te dicen los chulos  
que tienes muy buenos ojos,  
á mí me dicen las chulias:  
—¡Olé por los buenos mozos!

¿Es cierto? la pregunté.  
Bajó al suelo la mirada,  
y descendiendo sus párpados  
me iban dejando sin alma!

Míteme usted, señor juez.  
Anoche la vi con otro,

¡no me pude contener!

Yo no debía vivir  
en el siglo que se cuenta,  
pues yo pertenezco al siglo  
de los hombres de vergüenza.

Mira si seré valiente:  
cuando mi madre murió,  
no derramé ni una lágrima:  
¡me tragué todo el dolor!

¿Qué desgraciadito soy!  
Quererte siendo casada,  
saber que te gusto mucho,  
y pensar que eres honrada!

Tu novia no es lo que dices,  
no es una mujer perdida:  
dime cuándo quieres verla,  
y te la encuentro enseguida.

ENRIQUE PARADAS.



Lern ustedes este suelto de contaduría:  
«En vista del considerable número de forasteros que no conocen las  
obras que más éxito han tenido esta temporada, continúan en el Teatro de  
Eslava, á beneficio del público, con gran rebaja en los precios.»

Lo que prueba una cosa: que los empleados del teatro han ido estos  
días casa por casa preguntando:

—¿Hay aquí forasteros?

—Sí, señor.

—¿Conocen el repertorio de Eslava?

—No, señor.

Y así han averiguado que había muchos que no lo conocían. Pero, ya  
puestos, han debido profundizar más en sus investigaciones y preguntar:

—Y diga usted, ¿quieren conocerlo?

Porque si resulta que no quieren, no hemos adelantado nada.

Un corresponsal taurino, al dar cuenta de una corrida ex que tomaron  
parte Espartero y Guerrita, acaba su telegrama de este modo:

«Bien las cuadrillas ambas á dos.»

Hay que agradecer á la Divina Providencia que no torearan más que  
dos cuadrillas, porque el hombre era capaz de decir:

«Se hicieron ambas á tres.»

Parte que en París se ha establecido una nueva industria. A lo mejor  
se precentan en cualquier taberna ó *restaurant* dos ó tres individuos de  
mala fama, comen y beben opíparamente, y cuando llega el momento de  
pagar le dicen al mozo:

—Somos anarquistas, ¿sabes tú? Si te empeñas en cobrar esta cuenta,  
mañana á las ocho y cuarenta y cinco volará el establecimiento.

Y el amo, asustado, los deja marcharse tranquilamente.

No aconsejo á los apreciables humoristas franceses que vengan á hacer  
la prueba á España.

Porque en la primera taberna se encontrarían con unos cuantos punta-  
pécs salva sea la parte.

Es, ya podemos dormir tranquilos.

Ya se la aprobado la ley modificando las tarifas de ferrocarriles y favo-  
reciendo, por lo tanto, la industria nacional, bromo que le va á costar al

país unos cuantos millones de pesetas al año.

Para eso más valía que trajeran el material de fuera!

Aunque también podía haber habido otro arreglo. Aumentar los dere-  
chos de aduanas del material de ferrocarriles y... rebajar las tarifas.  
Y si no lo querían así, que lo dejaran.  
Solo que aquí tenemos decidido empeño en arrimarnos á la cola.

Eres un torito claro  
que donde quieren te lloran,  
porque sigues al capote...  
cuando el capote es de seda.

Libros:

*Los cotarrones*, juguete cómico en un acto y en prosa, original de los  
señores D. Luis Cocat y D. Heliodoro Criado, estrenado recientemente  
con gran éxito en el Teatro de la Princesa.

*Una conferencia con Emilio Zola*, interesantísimo folleto de D. Rodrigo  
Soriano, que deben leer los que sigan el movimiento literario actual. Le  
preceden su retrato y un autógrafo del eminente novelista francés. Precio:  
1 peseta.

*Su altísima palabra*, poema en prosa, leído en el Centro del Ejército y  
de la Armada por su autor D. Manuel Lorenzo d'Ayot, director de *La  
Reforma Literaria*.

*Percheteras y trinitarias*, colección de cantares del notable poeta mala-  
gueno D. Narciso Díaz de Escovar, con un prólogo de Salvador Rueda. Pre-  
cio: 1 peseta.

*Me iniciado*, monólogo en verso original de D. José Bravo, estrenado con  
éxito en el Teatro de la Juventud Santonesa.

*Ensayos y recitros*. La casa editorial de Fernández Lasaña ha publicado  
este nuevo libro de nuestro amigo y compañero Clarín. No tenemos para  
qué recomendarlo á nuestros lectores, que demasiado conocen al insigne  
crítico. Todas sus obras se agotan inmediatamente y á ésta le sucederá lo  
mismo. Forma un tomo de más de 400 páginas y cuesta 3,50 pesetas.

*La hoguera*, juguete lírico en un acto y tres cuadros, en prosa, original  
de los Sres. Prieto, Caba y Díaz, música del maestro Estellés, estrenado  
con gran éxito en el Teatro de Novedades.

*Colón y Bebañilla*.—Una polémica y un boceto dramático, por D. Luis  
Vidart. La innegable importancia del autor y la actualidad del tema dan  
á este folleto grandísimo interés. Cuesta 1,50 pesetas.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. A. G.—«Su cadáver yo he visto ensangrentado,  
su pecho palpitante  
luchando con la muerte que le cercá  
de la que loco se defiende en balde...»

¡Caramba! Fíjese usted en que un cadáver no puede defenderse *loco* de  
la muerte. Porque para eso es cadáver.

*Mis Zelasca*.—No está mal el soneto en la forma, pero el fondo es una  
vulgaridad. Y es lástima.

*Civilo*.—No puedo decir otro tanto. Porque está mal.

*Veguilias*.—Las parodias de Espronceda, Bécquer, etc., tienen un inconve-  
niente mayúsculo. Que se ha abusado de ellas tanto...

*Un argonauta*.—No carece de gracia, pero no está al alcance de todos,  
porque no tiene importancia el asunto ni *relieve* la forma.

*Gorrion*.—No faltaba más que nos gustara eso! Ha ganado usted la  
apuesta, compadre.

*K. tra Q. K.*—Vamos allá:

«No nie oyes, parca fiera?  
¡así desprecias mi dolor!  
¡llévate mi alma entera  
y con ella mi amor!

Lo que se le ha llevado á usted le parece fiera es el oído. Y ¡claro! no le  
salen á usted los versos con la medida necesaria.

*El Sr. Luis el tambón*.—Se publicará, corrigiendo antes algunos párra-  
fos un poco duros.

*Juan Andrés*.—¡Ay! no le podido aprovechar ninguno.

*Uno*.—Bien, pero de un sistema muy antiguo. Nuestros papás se reían  
con esas salidas de tono. Nosotros... ni sonreír nos siquiera.

*López*.—Tampoco puedo aprovechar ningún epitafio.

Sr. D. M. S.—Un millón de gracias. El romance está bien hecho, pero  
es tan poca cosa...

Sr. D. M. A.—¡Caramba! Salimos de Seila y entramos en Caribdis. Por-  
que ahora no son consonantes *intravagancia* y *silba*. Créame usted, no tiene  
compostura.

Sr. D. D. Z.—Por Dios! Si ni siquiera está en verso! Es prosa... y  
mala.

Sr. D. F. G.—No estoy seguro de que salga en este número, y por eso  
contesto. Pero está para cast.

*D. ans.*—No entró en turno. Dispense usted, pero no se puede contestar  
á todas las cartas. Porque hay semanas en que necesitamos el número  
entero.

*Cegete*.—Esos madrigales completamente serios, aunque están bien he-  
chos, como ése, no *acogían* en un periódico festivo, sino más bien en el  
álbum de la interesada.

Sr. D. L. A.—Cartagena.—Hay que contar las sílabas, porque si no  
algunos versos resultan largos. ¿Sabe usted?

Sr. D. M. R.—Caracoles con el epigrama! Es capis de hacer saborizar  
á un alabardero.

*Mis Anís.*—Gracias. Ambas cosas son un poco vulgares.

ANUNCIOS



Una copa de Aragón-Cognac después de comer ayuda á la digestión, ¡que es todo lo que hay que hacer!  
Vicente Lóbez.—Zaragoza.



El fumar te mata. Faco; te aconsejo que no fumes. ¡Lo que te cuesta el tabaco te lo gastas en perfumes!  
Perfumería Americana, Espoz y Mina, 26.



Me arreglo la cabeza en casa de Tomás, porque me sacan siempre la raya por detrás.  
Alcalá, 40.

LAS CAMPANADAS.



Ya de la noche el manto del sol apaga los resplandores. ¡Cómprame una camita, que es el encanto de mis amores!

Bazar.—Plaza de la Cebada, 1.



Compré un terno de Peaguera y estoy tan bien, tan señor, que se figura cualquiera que soy el gobernador.

Magdalena, 20.



Puesto que al pueblo te vas, te saldrá casi de balde un bastoncito de Gras para asombrar al alcalde.

Alcalá, 40.



Á la orilla del Danubio dijo el trovador Melendo: ¡Pelquería de Budio, qué falta me estás haciendo!

Peligros, 10 y 12.



Si quieres tener valor en la plaza, has de beber dos copas del superior Cognac fino de Moguer.

Avansays.—Carmen, 10.



Señores, soy forastero, pasé en Madrid unos días y comí en Las Tullerías bien y por poco dinero

Matute, 6.



Si á casa de Tirso vienes, aquí á la calle Mayor, y dolor de muelas tienes, volverás sin el dolor.

Mayor, 73.



¡Ya no me quieres, Felisa, y por agradarte, ingrata, me he comprado esta carnis buena, bonita y barata!

Martínez.—San Sebastián, 2.



Llegan de tierras extrañas los sabios en comisión á admirar la precisión de los relojes de Brañas.

Matute, 12.

CHOCOLATES Y CAFÉS  
DE LA  
COMPAÑIA COLONIAL

TAPIÓCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL  
CALLE MAYOR, 18 Y 20  
MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Ídem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO